

Una historia de vida escolar

ISSN: 1130-0876

Recepción: octubre

Aceptación: noviembre

M.ª Teresa Núñez Mayán
(Universidad de A Coruña)

RESUMEN

En el presente artículo se reconstruye la historia de vida escolar de una joven con parálisis cerebral que ha finalizado sus estudios de derecho y trabaja actualmente como asesora jurídica en una asociación destinada al apoyo de personas con discapacidad. La autora, que ha seguido el caso a lo largo de los años, opta por ceder la palabra a la protagonista de la historia, para que sea su propia voz la que llegue al lector sin interferencias. Anxela inicia su historia cuando se están gestando las primeras leyes de integración en España. Los obstáculos que se encontró en su camino, son los suyos, pero también son los de cientos de chicos y chicas como ella que fueron abriendo las puertas a la inclusión educativa.

PALABRAS CLAVE

Vida escolar, parálisis cerebral, educación inclusiva.

ABSTRACT

The current study examines the school life history of a young girl with cerebral palsy. She has finished her studies in Law and, now she is working as a legal consultant for an association focused on supporting people with disabilities.

The author has followed the case for a few years and, in the end, she decides to give voice to the main leading character of the story so that the reader can reach all the information without interferences. Anxela starts her personal history when the first integration laws in Spain were introduced. Her obstacles, all along the way, are similar to those of hundreds of girls and boys that, likewise, managed to open doors to inclusive education.

KEY WORDS

School life, cerebral palsy, inclusive education.

(Pp. 35-45)

Introducción

C. Wright Mills (1993) les recomienda a los investigadores noveles que no separen el trabajo de sus vidas, porque las dos cosas son demasiado serias como para permitirse esa disociación. Les propone que aprendan a usar su experiencia de vida en el trabajo intelectual, examinándola e interpretándola sin cesar.

En mi tesis doctoral, de la que forma parte el material que se presenta a continuación, he tratado de tener en cuenta este consejo. Sirva esta razón para disculparme ante el lector del exceso de referencias personales que de no tratarse de un estudio de inspiración etnográfica podrían ser injustificables.

En el año 1982 entré a formar parte de los Equipos Psicopedagógicos de la Consellería de Educación de la Xunta de Galicia. La integración estaba empezando a fraguarse, de hecho había sido uno de los principios rectores del Plan Nacional para la Educación Especial del año 1978. La LISMI acababa de promulgarse y por lo tanto no había empezado a aplicarse. Aún faltaban tres años para que el Proyecto Experimental de Integración desarrollado a partir del Real Decreto de 1985 conmocionase el mundo educativo.

Por aquel entonces, dentro y fuera de la escuela estaba plenamente instaurado un modelo individual. Predominaba una práctica y un pensamiento: los niños y niñas con discapacidad deberían escolarizarse allí donde había los recursos necesarios para atenderlos, es decir, donde lo habían hecho siempre: en los centros específicos.

En este contexto en el que los profesionales de la psicología y la pedagogía está-

bamos planteándonos el significado de la integración y la mayoría del profesorado permanecía aún ajeno a este concepto, había quien no podía esperar. Padres y madres que tenían que tomar una decisión porque llegaba la hora de escolarizar a sus niños o niñas con discapacidad. Muchos de ellos, organizados en asociaciones de apoyo a la integración, emprendieron “una batalla” que fue larga y difícil, pero que en cualquier caso, valió la pena.

Uno de estos casos fue el de Anxela. Recuerdo las primeras noticias que tuve de ella. Hacía poco tiempo que había empezado a trabajar como orientadora en los Equipos Psicopedagógicos, cuando en una de las reuniones se comentó la pretensión de escolarizarse en un colegio ordinario de una niña Parálítica Cerebral, que carecía de movilidad autónoma y problemas que afectaban a la inteligibilidad de su lenguaje. El caso era tan inusual en aquel principio de los ochenta, que aunque no era competencia del Equipo de la ciudad en la que yo trabajaba y por lo tanto correspondía a otros profesionales, su caso acabó siendo objeto de debate en toda la provincia.

Las opiniones aunque hoy, cuando ya pasaron más de veinte años, parezca extraño, no estaban nada claras, no eran unánimes. Fueron muchas voces las que se oyeron considerando la petición un despropósito. En unos casos porque se estimaba que un centro ordinario no era un lugar adecuado para la escolarización de un caso como éste y en otros porque se temían los efectos de tomar una decisión de integración con la oposición de toda la comunidad educativa, pues en el colegio al que ella aspiraba a escolarizarse la oposición del profesorado era mayoritaria. También había opiniones favorables que apostaban por romper las rutinas y buscar una solución normalizada para la escolarización.

Con muchas dificultades, después de mucho más tiempo y con mucho más esfuerzo que en una escolarización ordinaria, después también de muchas angustias y tensiones de los padres, se emitió un dictamen favorable a la escolarización en un centro ordinario y se buscó uno en que la comunidad educativa aceptase su entrada.

Anxela fue, por lo tanto, una de las primeras niñas con Parálisis Cerebral que se escolarizó en un colegio ordinario en Galicia. Su lucha y la de sus padres por encontrar “un lugar” en el sistema educativo no acaba ahí. He seguido su trayectoria a lo largo de los años y he podido ver que fueron muchos los obstáculos que tuvo que vencer, de algunos de ellos hay pruebas en las hemerotecas ya que encontraron eco en la prensa local.

Hoy Anxela ha acabado su licenciatura de derecho y trabaja como asesora jurídica en COGAMI. Participa activamente en el Movimiento de Vida Independiente y pone generosamente su experiencia a disposición de quien esté dispuesto a luchar por la inclusión educativa. Por eso muchos años más tarde, trabajando ya en la Universidad, cuando empecé mi tesis doctoral sobre los logros y limitaciones de la integración educativa, pensé que su caso sería un magnífico exponente de lo que supuso esta etapa. He decidido ofrecer su testimonio directo, sin intercalarlo con mis propias interpretaciones, porque creo que éstas no deben de desvirtuar su propia voz.

Como es habitual en este tipo de investigaciones, el nombre de los centros educativos y del profesorado no es el auténtico, porque, entre otras razones, considero que no es un dato relevante para la investigación.

1. La experiencia de Anxela

1.1. Entrar en el colegio, el primer obstáculo

T.- Me gustaría conocer tu historia escolar, como fue tu comienzo en el colegio, qué dificultades y qué ayudas tuviste, en fin... todo lo que tú recuerdes o te parezca importante de esa etapa.

A.- Empecé a los tres o cuatro años. A la edad normal, cuando empiezan todos los niños.

T.- ¿Sabes si hubo dificultades en esa época para escolarizarte?

A.- Que yo recuerde no, tal vez porque en el jardín de infancia mis padres conocían a la profesora, pero no hubo problemas en esa época.

T.- ¿Y cuándo te escolarizaste en el colegio de Infantil?

A.- Primero fui al colegio “General Sanjurjo”. Allí las cosas se complicaron extraordinariamente. Tuvieron que sacarme del colegio porque no me prestaban ninguna atención. Al principio no me atendían, me tenían marginada. Los chicos que venían de prácticas de la Universidad decían: -¿Pero a esa niña que le pasa?- Porque no me dejaban ir a los recreos. Como yo no podía escribir con una caligrafía perfecta, pues no me dejaban salir hasta que hacía bien la letra, es decir, nunca. Me tenían allí hasta horas “bisiestas”, hasta que conseguía hacer algo con el lápiz. Era arcaico del todo. No aprendí nada. Fue un retroceso respecto al jardín de infancia.

T.- ¿A dónde fuiste después en Primaria?

A.- Intentaron escolarizarme en el Camilo José Cela, que me correspondía por zona. Mi hermano, que es mayor que yo, iba allí. Intentaron meterme, pero todo eran

obstáculos: que no había personal de apoyo, que a ver qué hacíamos con la niña si quería ir al baño, si quería comer, si quería tal cosa o la otra...? Todo eran problemas. La Consellería en aquel momento no daba facilidades, decía que era muy difícil escolarizarme en un colegio normal. Me pusieron muchísimas pegas.

Era el colegio que me tocaba por zona. Mis padres lucharon mucho, pero llegó un momento en que era tal el rechazo, que aunque estaban convencidos de que si seguían adelante lo conseguían, creyeron que con esas actitudes en el colegio no valía la pena. Había profesores que sí, que estaban a favor, pero había un grupo que presionaba en contra de mi entrada y no había forma de convencerlos.

T.- Entonces, ¿qué hicieron tus padres?

A.- Me llevaron al Blanco Amor, que no me correspondía por zona. Mi madre conocía a una profesora, a la de Educación Especial, que fue la que dio facilidades para que me admitiesen. Pero tenía un problema, no me quedaba cerca de la casa. Quedaba muy lejos, no había autobuses para ir. Mis padres tenían que llevarme y recogerme todos los días, hasta que se consiguió, años más tarde, que un microbús me recogiese.

T.- ¿Adaptado?

A.- Bueno, adaptado... "entre comillas", porque no tenía plataforma ni nada. Me subían "a pelo". Cabía dentro la silla, eso sí, pero no había plataforma para subirla.

T.- ¿Aún ahora es así?

A. - Ahora creo que la hay, pero en ese tiempo no. Había una persona de apoyo aparte del conductor, que ayudaba a subirme.

1.2. La vida en el colegio

T.- En el Blanco Amor, ¿tuviste algún problema para integrarte en el aula ordinaria?

A.- No. Primero estuve con Begoña en un aula de Especial porque, como en el anterior colegio no había hecho nada, perdí un curso y tenía que recuperarlo. Estuve un año en el aula de Educación Especial para poder hacer dos cursos en uno. La profesora me adaptó las áreas para pasar al curso siguiente.

T.- ¿Recuerdas los niños que había en el aula de Educación Especial con Begoña?

A.- Había algunos niños con retraso intelectual, pero con problemas de movilidad, pienso que fui la primera. Era un aula de Educación Especial para alumnos con retrasos escolares. Después fue cuando vinieron todos los que tenían problemas motóricos. Por ejemplo, dos hermanos con una enfermedad degenerativa, que a los ocho o nueve años se les desarrollaba, dejaban de andar y a los diecinueve morían. Cuando pusieron el autobús para problemas de movilidad yo era la mayor.

T.- ¿Estuviste en Educación Especial sólo un año?

A.- Un año de preparación, de adaptación porque había perdido mucho tiempo de aprendizaje y después ya me pusieron en el curso que me correspondía, en tercero.

T.- ¿Tenías algún personal de apoyo cuando estabas integrada?

A.- Había una persona para ayudar a trasladarme de sitio, porque cuando empecé en el Blanco Amor no tenía silla de motor. Pero el personal de apoyo fue posterior, cuando se consiguió el autobús escolar pusieron una persona de apoyo.

T.- ¿Una cuidadora?

A.- Sí, una cuidadora. Le llaman personal de apoyo, pero era una cuidadora.

T.- ¿Ibas algún tiempo a clases de E. Especial después del primer año?

A.- No, no. Begoña, la profesora de E. Especial, me hacía un seguimiento, pero no, no, yo estudié por mi cuenta, en mi casa.

T.- ¿Cómo te iba en el aula ordinaria?

A.- De esa época yo recuerdo que había bastante gente un poco especial. Había una profesora... ¡mira que me quedó grabado, eh! Tocaba la elección de delegado de curso. No se le ocurrió más que decirle a los compañeros, pero ¡delante de mí!, que no me eligiesen porque no podía levantarme para escribir en el encerado y no podía poner los nombres de los que se portaban mal...

¡el colmo! Llegué a casa, claro, llorando a todo llorar. Le dije a mi madre:- ¡mira lo que me dice la profesora!- Y claro, una niña de diez años u once años siempre quiere ser delegada porque lo pasas bien... ¡siempre me acuerdo de aquello!

T.- ¿Esas eran las actitudes más frecuentes?

A.- La profesora de 3.º y 4.º me quería mucho. Pero yo andaba con unas personas que bueno, que... en fin, que tenían un cierto retraso. Y claro, ella como no quería que estuviese siempre con ellas..., hubo ahí un pequeño problema... quería que estuviese con el resto de la gente. Nos separaron en 6.º de EGB para intentar que me relacionase con otras niñas. Cosa que me parece a mí un poco "heavy" ¡que dejen a los niños ir con quien quieran!

T.- ¿Esas niñas eran de tu clase?

A.- Sí, de hecho les costó mucho conseguir el certificado escolar. Hombre no tenían un retraso profundo, pero les costaba mucho aprender.

T.- ¿Tuviste problemas o dificultades para estudiar?

A.- No. Problemas nada. Escribía más lento y hacía las cosas con más calma, con más lentitud. A la hora de estudiar, como todos. Hasta recuerdo que un día la profesora se había enfadado con nosotros

porque no habíamos estudiado. Entonces dijo, para mañana, ¡examen! Había mucho que estudiar. Entonces a mí me había parecido fatal. Yo me había echado a llorar. Diciendo –¡esto no se hace!– Entonces, a la hora del examen me lo hizo oral y saqué un 9,5 y me dijo –¿y tú llorabas?–

T.- ¿Eras estudiosa?

A.- Sí.

T.- ¿Hacían alguna modificación, alguna adaptación, para que pudieses seguir el ritmo de la clase, en las explicaciones, en los exámenes, etc.?

A.- En las explicaciones no me hacía falta. En los exámenes, sí. Igual acortaban alguna pregunta o me lo hacían oral. O acortaban un poco los ejercicios, me decían –tú respondes esto, esto y esto, y ya está–, para que lo hiciese en el mismo tiempo que mis compañeros y no me cansase.

T.- ¿Aprendiste a leer y escribir en el propio colegio o en casa?

A.- Tuve una logopeda en casa para vocalizar mejor.

T.- ¿Pero aprendiste a leer con Begoña, la profesora de Educación Especial?

A.- Sí, a leer, sí.

T.- ¿Y a escribir?

A.- Y a escribir con Begoña y en la casa también, con mi madre. Había una logopeda que iba por casa y otra que hacía ejercicios con ella con una pelota, para estimular los músculos, también tenía una colchoneta y hacía allí ejercicios, pero en casa.

T.- ¿Acabaste 8.º de EGB con 14 años?

A.- Sí. A la edad normal.

1.3. Una nueva etapa y nuevos retos: el instituto

T.- ¿Después de EGB vino el Instituto?

A.- Sí. Yo recuerdo que había intentado ir al que me correspondía por zona, pero

había escaleras para subir y había que hacer un aula abajo. Optamos por ir al Torrente Ballester porque no tenía problemas de barreras.

En aquella época ya había comprado la silla de motor. Pero para ir al Instituto el recorrido era tremendo. Las aceras no estaban rebajadas. Gracias al trabajo de mi padre, que es aparejador municipal, conseguimos que se suprimieran muchas barreras de acceso en las calles. Él "dio la batalla" en el ayuntamiento y logró que el trayecto del instituto fuese accesible, para mí y para todas las personas con dificultades de movilidad. Me prepararon todo el camino, con rebajes y después iba sola. Bueno, me acompañaban muchas veces porque las puertas de entrada al instituto no eran automáticas y si llegaba tarde no podía abrir. Después, a la salida, iba yo ya con cualquiera.

T.- ¿Por parte de los profesores tuviste alguna dificultad en el instituto?, ¿Te pusieron alguna pega para integrarte?

A.- No. Había que habilitar un ascensor que estaba en desuso, pero para entrar, ¿no?

T.- ¿Tuviste cuidadora?

A.- Bastante limitado estás para que te limiten aún más... Sólo la necesité al principio en Primaria, porque no tenía silla motorizada.

T.- ¿Qué adaptaciones tuviste?

A.- La mesa del Instituto la tuve que comprar yo. Después quedó allí. En el colegio me ponían una silla normal. En la universidad compramos una y quedó allí también. Ordenador nunca lo usé. Era anti-ordenador. No me gustaba.

T.- ¿Y con los estudios tuviste alguna dificultad?

A.- No. Tenían que pasarme los apuntes porque yo no podía tomarlos porque escribía muy despacio.

T.- ¿Quién te los pasaba?

A.- Los compañeros. Porque los profesores no daban apuntes escritos. Debe haber alguna razón para eso, porque si pasas los apuntes, si les das las fotocopias a todos ¿con qué llenas la hora?

T.- ¿Cómo valoras globalmente tu paso por el instituto?

A.- ¿Cómo lo valoro? Bien.

T.- ¿A la hora de los exámenes, te ponían alguna dificultad?

A.- No. Me decían -haz un esquema, o escribe lo más importante-.

T.- ¿Qué tal de notas?

A.-Tuve promedio de Notable.

1.4. Selectividad ¿especial?

T.- ¿En COU, como te fue?

A.- En COU ya hubo problemas para el examen de selectividad. Eso, fue leña, pero, leña dura...

T.- ¿Cómo fue?

A.- Nada, primero se lo debieron comunicar a mis padres. A mí no me comunicaron nada. Y yo hice COU muy tranquila. Hasta que un día en la clase, un profesor me dijo:

- Oye ¿pensaste a dónde vas a ir, si vas a ir a Pontevedra o te quedas aquí?... Yo contesté sorprendida. -¿cómo? ¡Me quedo aquí, claro..!-

No entendía lo que me estaba diciendo, luego me explicó una compañera: - ¿No sabes que te dan la opción a ir a hacer la selectividad a un colegio especial en Pontevedra, en el colegio de los ciegos? Quieren mandar allí a la gente con problemas y a sus familiares (Anxela vivía en Santiago)

Llegué a la casa y mis padres me dijeron que no me lo habían contado antes para no preocuparme y que pensaban decirme más adelante.

La Consellería me proponía ir a examinarme a un centro donde no podías salir por problemas de filtraciones. Tenías que estar allí los tres días que dura la selectividad metida en un internado, fuera de tu ambiente y de tus compañeros, porque yo, a la gente que iba allí no la conocía de nada...

Como en Galicia no había nada legislado sobre la adaptación de las pruebas de selectividad, conseguimos la ley del MEC que se refería a este tema, y en esa ley nos basamos para defender que adaptaran la selectividad en el mismo centro en el que la hacían los demás compañeros de instituto. Fuimos a hablar con el presidente de la CIUGA, unos compañeros y yo, pero éste decía: –Tú tienes opción a examinarte aquí, pero en igualdad de condiciones que el resto–. O sea, me permitían examinarme con mis compañeros pero sin darme ni más tiempo que a los demás, ni nada. Y yo decía –¿qué es esto? O lo haces aquí y estás condenado a suspender... o te vas, ¡mira qué opción! –

Hubo movilizaciones de protesta del profesorado y de mis compañeros, porque lo consideraban y lo consideran como una segregación.

El asunto salió en todos los medios de comunicación, en la radio, en los periódicos.

T.- Y, al final, ¿conseguiste quedar con tus compañeros de instituto?

A.- Sí, hasta Xurxo Lobato (fotógrafo muy reconocido y premiado en Galicia) sacó una foto en la Voz de Galicia, en primera plana.

T.- ¿Cómo te hicieron el examen?

A.- Pues, nada..., dándome más tiempo. Quedándose un profesor allí conmigo. Aprovechábamos el tiempo de descanso y me decía: -mira, si quieres entrar un cuarto de hora más tarde, o así, entras, y después te quedas un poco más.

T.- ¿Fue el único año en el que se adaptaron las pruebas de selectividad en el lugar de origen de los alumnos?

A.- Fui yo la única en hacerlo, porque los mismos profesores que estaban a favor de la integración al final cedieron. Se echaron atrás porque nos ponían tantas pegas que algunos convencieron a los alumnos para que aceptaran trasladarse a otra ciudad a hacer el examen:

T.- ¿En qué año fue eso?

A.- Fue en el año 1995. Sí, yo recuerdo que los propios profesores que ayudaron a la integración, les recomendaban a los alumnos que aceptasen la propuesta de la administración y se fuesen a hacer la selectividad a Pontevedra. Porque había gente de Ferrol y de otras zonas que querían hacer el examen con sus compañeros, pero al final los convencieron...

T.- ¿Aprobaste la selectividad?

A.- Sí, aprobé.

T.- Y la única adaptación que tuviste fue la del tiempo ¿no?

A.- Sí, la del tiempo. No hicieron otra. Algunos profesores pedían un examen adaptado, que consistiría, por ejemplo, en hacer preguntas más cortas. Hacer un examen integrado pero adaptado en la forma. Pero dijeron que no, que podía haber problemas de filtraciones o que si se adaptaba el examen todo el mundo querría apuntarse “al carro”, que no podía ser...

T.- ¿No aceptaron?

A.- No, no aceptaron la adaptación.

T.- ¿La gente se movió mucho para apoyarte?

A.- Sí, los profesores de los institutos habían hecho además un modelo de examen para darle a CIUG (Comisión Interuniversitaria de Galicia que se ocupa del examen de selectividad) Un modelo de examen por si querían tomarlo como ejemplo para adaptar el examen que saliera en la selectividad, pero di-

jeron que no, que no podía ser, que era discriminar a los compañeros, ¡mira tú!

T.- ¿Con qué apoyos contaste para ofrecer esa resistencia?

A.- El apoyo familiar fue muy grande. En este caso fue determinante. Mis padres me ayudaron incondicionalmente y también mis compañeros y los profesores y conseguí hacer el examen en Santiago, mi lugar de residencia y aprobar la selectividad.

1.5. La Universidad

T.- Decidiste ir a la Universidad. ¿Por qué elegiste derecho?

A.- Porque era la que tenía más salidas. La verdad es que no tenía nada claro lo que quería hacer, y como estaba también una prima que la estaba haciendo en aquel momento dije: –¡a hacer justicia!–

T.- ¿Como te arreglabas en las clases con los apuntes?

A.- Los profesores no daban apuntes, pero se los pedía a los compañeros porque ellos te dicen que estudies por el libro pero ¿cómo te vas a meter esos tochos enteros?

T.- ¿Hacías muchas horas de estudio?

A.- Sí. Es una carrera dura. Hay mucha chapatoria.

T.- ¿Tuviste dificultades en la carrera?

A.- De acceso no. Iba yo sola. Cogía la silla e iba yo sola, porque había puertas automáticas para entrar y se abrían solas. En la universidad no hubo problemas de integración. No me pusieron pegas para entrar. Únicamente tuve un problema con un profesor. Examinaba contra reloj. Hacía una pregunta y dejaba un cuarto de hora. La respuesta era el resumen de un tema de dos o tres folios. Pasaba el cuarto de hora, otra pregunta, otro cuarto de hora y otra pregunta...

Pues a mí, me hizo el examen igual que los demás...

T.- ¿Sin adaptarte el tiempo?

A.- No, el mismo tiempo que a los demás. ¡Pasó de adaptaciones! Todos los profesores, en los exámenes, se acercaban a mí diciendo: –oye, ¿necesitas más tiempo?– Porque yo no iba uno por uno explicándoles mi situación. Iba a clase todos los días. Ya me veían. A una persona en una silla de ruedas y con dificultades de movilidad, cualquiera sabe que no le puedes poner un examen contra reloj. Suspendí. Evidentemente, no había puesto nada. Me agobiaba, ¿sabes? Pero, es que era un bruto, pero ya para la gente normal. Hasta los que no tenían ningún problema se agobiaban con tal cantidad de cosas que había que poner. Un cuarto de hora no le llegaba a nada a los demás. ¿Te imaginas a mí? Cuando suspendí fui a hablar con él y le expliqué que yo no podía hacer exámenes contra reloj.

- ¡Ya! lo que has escrito lo tienes bien, pero escaso... me contestó. Yo le expliqué el problema del tiempo.

- Bueno, bueno, ya veremos, dijo.

En el examen final me presenté a toda y ¿sabes qué me dijo?

– Bueno, tiene usted ¡diez minutos más que los demás!. Salí indignada...

La segunda vez no pasé ¿sabes? fui a ponerle una denuncia al decanato, porque había vuelto a suspender.

En el decanato pesó el corporativismo, no se querían mojar... Los CAF (asociación de estudiantes) también lo denunciaron. Un profesor que llevaba el tema reconocía que era un problema de corporativismo. No querían hacerle un expediente y echarlo porque era un tipo problemático, faltaba a la clase mogollón...

Yo pedía la retroactividad, que si me hacían otra prueba, me pusiesen la nota en junio, pero me dieron largas... No lo

conseguí. En septiembre no me presenté porque aún no tenía respuesta. Se reunió una comisión de valoración, pero iba con tanta lentitud, que yo presenté la denuncia en junio, y en diciembre aún no me habían contestado. Finalmente hice el examen en diciembre con otro profesor, porque el anterior cogió un año sabático. Aprobé, pero quedó así la cosa. Me pusieron la nota en diciembre. No consiguieron nada, ni echarlo, ni nada.

T.- ¿En qué curso te pasó eso?

A.- En cuarto. Hasta ahí todo fue bien.

T.- Ahora estás trabajando cómo abogada, ¿no?

A.- Ahora sí, como asesora jurídica, como abogada no. El abogado va a pleitos. Yo no. Asesorero solamente. Al que tenga un problema de juzgado lo remitimos a un abogado.

1.6. La vida, el trabajo, la amistad, el ocio...

T.- ¿Piensas preparar una oposición? Porque los de derecho opositan mucho...

A.- No, nunca quise opositar. Por eso me busqué otra salida. En COGAMI, como las personas con discapacidad tienen, en general, muy bajo nivel de estudios no tuve mucha competencia cuando me propusieron el trabajo. Aquí cogen preferentemente a gente con discapacidad. Priman más eso, porque es la Confederación de Minusválidos. Como era licenciada, tuve más posibilidades de entrar. A mí la oposición no me gusta, eso de estar en casa horas y horas...

T.- ¿Te gusta salir y divertirse?

A.- Sí y soy muy nerviosa, y para las oposiciones hay que cerrarse unos años y yo tengo un carácter abierto, no me gusta estar cerrada.

T.- Además en la carrera habías trabajado muy duro...

A.- Estaba ya muy saturada de tanto estudiar. Inicialmente mi madre y mi padre pensaban que me pondría con las oposiciones cuando terminase la carrera, como hay reserva de plazas... Pero no, no quise.

T.- Acabas de llegar de la piscina, ¿cuándo empezaste a ir?

A.- Iba de pequeña. En el instituto lo dejé. Después empecé a ir en la carrera. Hicieron la rampa, después de que mi familia se movió mucho para conseguirlo, porque antes había escalera y no podía acceder por mí misma. Posteriormente hicieron un baño más amplio, para poder ducharse. Antes, al principio, no había un baño amplio. Todo se logró a base de reivindicaciones, gestiones, papaleo, entrevistas...

T.- ¿Y vestuario?

A.- Vestuario, sí. Pero no conectaba con la piscina y tenía que salir afuera en bañador y volver a entrar en la piscina por el otro lado, pasando un poco de frío.

T.- ¿Sigues yendo aún?

A.- Sí, sigo yendo tres veces a la semana.

T.- De los profesores, en general, ¿qué recuerdo tienes?

A.- En general, bueno.

T.- ¿Y de los compañeros?

A.- En la escuela primaria pienso que los niños son más egoístas, porque no quieren ayudarte. Te ven así como un poco más diferente, apartada.

T.- ¿Más en la escuela primaria que después?

A.- Excepto aquellas niñas que eran amigas mías, los demás no me ayudaban mucho. En una excursión, por ejemplo, que no fui con estas niñas, no había nadie dispuesto a empujar mi silla ni a estar conmigo y los profesores tenían que obligar diciendo:

- A ver... ¿A quién le toca dormir hoy con Anxela en la misma habitación?

- Recuerdo que los monitores decían: –¡Pero qué gente, tan, tan... sumamente egoísta!–
Eran niños que ya tenían doce o trece años y había que decirles cosas como: –pero hombre, ¡cogedla un poco!–
Tengo un recuerdo que me quedó grabado: Una vez un compañero se me acercó. La cuidadora preguntó: –¿vas con ella a dar un paseo?– Y entonces él contestó: –¿pero qué dirán mis amigos?– y se fue. Sí, tengo esos recuerdos...
- T.- ¿Y en el instituto?
- A.- En el instituto no, porque ya fui con gente conocida y ya tenía mis amigas y la gente era más mayor. Pero recuerdo que en EGB, sí, que todo el mundo tenía su pareja formada y yo quedaba allí en el autobús sola, sola...
- T - ¿En la universidad?
- A.- Casos puntuales, pero vamos...vas haciendo tus amigos, aunque algunos no quieren... Primero que sí..., luego te ponen disculpas a la hora de salir..., pero son casos puntuales, que te encuentras. Pero percibí más egoísmo en los niños pequeños.
- T.- A lo mejor es que pasó más tiempo desde que estuviste en Primaria... ¿crees que puede ser que haya ido cambiado la manera de pensar de la gente? Cuando tú empezaste los niños no estaban habituados a compartir el espacio con una persona con discapacidad.
- A - Yo era casi la única en el colegio y la primera en el instituto también. Pero bueno, chavales que dieron charlas, ciegos por ejemplo, decían lo mismo: que en las primeras épocas de la adolescencia e infancia, notaban más egoísmo por parte de la gente. Debe de ser que en esa época quieres más cachondeo y eres más inconsciente ¿no?
- T.- ¿Qué crees que te ayudó a superar-te, a tirar para adelante y acabar una carrera?
- A.- No sé, el carácter..., los apoyos recibidos..., porque si no tienes apoyo de ningún tipo, tampoco tienes algo a donde agarrarte.
- T.- ¿Los apoyos familiares?
- A.- Familiares y del profesorado y de la gente, de los amigos. Un poco de todo. El carácter de la persona también influye mucho, el querer hacer cosas...
- T.- ¿Tú y tu familia pertenecíais a alguna asociación o movimiento de apoyo a la integración?
- A.- Sí, mi madre estaba en AINDE, yo no, no me metí en ninguna asociación.
- T.- ¿Sigue habiendo casos a defender actualmente?
- A.- No tanto como entonces. Aunque el otro día tuvimos el caso de una niña con discapacidad que no la quisieron en el colegio que correspondía a su lugar de residencia y tuvo que escolarizarse en otra parroquia.
- T.- Una última pregunta y no te mareo más. ¿Qué crees que se podría hacer para avanzar hacia la inclusión?
- A.- Civilizar a la gente. Informar. La formación es fundamental, para el profesorado, para la familia, para el alumnado y especialmente para los más pequeños. Explicarle lo que significa la discapacidad. Que todos somos discapaces a veces. Educar en la diversidad. La sensibilización social es muy importante.

2. Mereció la pena

Cualquier persona que haya estado implicada en la atención a la diversidad en el período en el que transcurre la vida escolar de Anxela, que haya compartido u observado la lucha por la integración de los primeros niños con discapacidad escolarizados en centros ordinarios, creo que habrá evocado muchas situaciones

semejantes a las que ella describe. En mi propia investigación tuve la oportunidad de entrevistar a otro joven, también parálítico cerebral y alumno de la facultad en la que trabajo actualmente, que viviendo en otra ciudad y sin conocer a Anxela, describe una experiencia escolar con muchísimos puntos en común con la de ésta.

Las resistencias a su escolarización, el rechazo activo y manifiesto de una parte de la comunidad educativa, la suposición de que toda discapacidad supone incompetencia, la búsqueda desesperada de soluciones por parte de la familia, el recurso al asociacionismo para defender el derecho negado a la escolarización, la ayuda y la implicación de los profesionales de Pedagogía Terapéutica y de algunos profesores y profesoras sensibilizados con la atención a la diversidad y el rechazo de otros, el exceso de proteccionismo en unos casos, y las dificultades por ocupar un lugar propio no sólo físico sino emocional en el grupo, son lugares comunes en la historia de muchos de estos jóvenes pioneros de la integración educativa.

De sus experiencias y, sobre todo de la interpretación que hacen de las mismas, creo que podemos extraer muchas conclusiones que pueden indicarnos qué es lo que debemos mejorar e incluso por donde deberíamos empezar a hacerlo, en la educación de las personas con discapacidad o con diversidad funcional, como prefiere decir Anxela.

De su testimonio se pueden deducir limitaciones y carencias de la experiencia integradora que les brindó la institución escolar. Reconocerlas es un paso fundamental para poder superarlas y corregirlas en la medida en que puedan seguir existiendo. Creo que aunque la complejidad de la lucha que llevó a cabo Anxela y su familia no se refleja en toda su am-

plitud en la entrevista y de ello hay documentación abundante que por razones de espacio no se aportan en este trabajo, la entrevista pienso que permite mostrar su tesón, valía y esfuerzo de superación personal sin los que sería imposible vencer los obstáculos con los que se encontró. Pero este testimonio permite también reconocer los apoyos que se encontró en muchos profesores y profesoras, y sobre todo en su propia familia y en las asociaciones defensoras de la integración, como AINDE, de la que su madre fue socia fundadora.

Es preciso reconocer también que sin el soporte de unas políticas y de una legislación integradoras que se desarrollaron en los mismos años en los que tiene lugar vida educativa, y aun a pesar de las limitaciones de éstas, difícilmente hubiera podido culminar su vida educativa con la obtención de un título universitario. Las estadísticas son prueba del escaso número de titulados superiores entre las personas con discapacidad.

Desde mi punto de vista al reconstruir la vida escolar de muchos jóvenes con discapacidad que hoy son ya adultos observamos situaciones claramente injustas y otras, positivas y enriquecedoras. Pero con sus luces y sus sombras, su trayectoria es una prueba de que la lucha por la inclusión social mereció y sigue mereciendo la pena.

Referencias

- MILLS, W. (1993). *La imaginación sociológica*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- NÚÑEZ, M. T. (2008). *Da segregación á inclusión educativa*. Santiago: Laiovento.
- STAKE, R. (1998). *Investigación en estudio de casos*. Madrid: Morata.